

FREDERIK POHL



**MINEROS
DEL OORT**



NOVA
CIENCIA FICCIÓN

Marte es un mundo árido y hostil pero es el único hogar para Decker DeWoe y otros muchos colonos marcianos. Un nuevo hogar que puede llegar a ser un mundo fecundo gracias a los cometas de la Nube de Oort, cuyos cuerpos helados contienen los gases necesarios para dar vida al planeta rojo. Decker quiere convertirse en uno de los mineros del Oort y deberá viajar a la Tierra con objeto de entrenarse para esta misión, pero también, para enfrentarse a las presiones del shock cultural y a la posibilidad de que pueda perderse el futuro de todo un planeta a causa de las especulaciones financieras de los terrícolas.

PRESENTACIÓN

Por fin, en 1993, la SFWA (Science Fiction Writers of America) otorgó a Frederik Pohl su merecidísimo título de Gran Maestro Nébula. Se trató, simplemente, de corroborar un hecho evidente. Nadie puede dudar de que Frederik Pohl es uno de los maestros indiscutibles de la ciencia ficción, género al que ha dedicado toda su vida, tanto en su actividad de autor como en su faceta de agente literario y editor. En los primeros años, su obra como escritor y editor es una referencia obligada al estudiar el nacimiento de una ciencia ficción crítica de inspiración sociológica, de la que MERCADERES DEL ESPACIO (1953) es una obra emblemática. En los años setenta, tras un largo período como editor y organizador, Pohl sorprendió a todos cuando retornó a su actividad de escritor. Su reaparición quedó marcada por la ambición y la capacidad innovadora de sus nuevas novelas. Obtuvo, por primera vez en la historia, dos Nébula consecutivos con obras maestras tan distintas e interesantes como HOMBRE PLUS (1976) o PÓRTICO (1977) y, a partir de entonces, nuevos éxitos han saludado la aparición de todas sus obras.

Tras haber sido presidente de la Asociación de Escritores de Ciencia Ficción de América, entre 1974 y 1976, Pohl ha cosechado tres premios Hugo, dos Nébula, dos Memorial John W. Campbell, el premio Apollo Francés, el Edward E. Smith, el premio del Libro Americano y, por fin, el título de Gran Maestro Nébula. Todo un aval de esta segunda etapa de la brillante carrera de uno de los mejores autores del género. El lector interesado podrá hallar en las páginas

finales de este libro algunos de los títulos más destacados de la última década del Pohl escritor, la mayoría traducidos ya al castellano. Todos ellos son libros dignos e interesantes que se leen con gusto y satisfacción. Yo recomiendo evidentemente el asombroso UN MUNDO AL FINAL DEL TIEMPO (1990, NOVA ciencia ficción, número 49) que, para un crítico tan influyente como Dan Chow, del prestigioso fanzine LOCUS, resulta ser, simplemente, «el libro más ambicioso de Pohl desde la Saga de los Heeche», iniciada con PÓRTICO (1977).

Pohl reveló hace años que, en esta segunda época de gran creatividad, sigue siendo su particular «secreto» para escribir: redactar cuatro páginas cada día, sea cual fuere la circunstancia en que se halle. Gracias a esta curiosa «técnica», en los últimos años encontramos una abundantísima producción de un Pohl maduro y con un profundo dominio del oficio; precisamente el oficio y la profesionalidad que caracteriza a un autor capaz de abordar hoy día prácticamente cualquier registro de la ciencia ficción.

La obra que hoy presentamos corresponde a este período.

En una mirada superficial, parece que se tratara de una novela construida al amparo de una moda. En los últimos años han aparecido en Estados Unidos muchas novelas de ciencia ficción que tratan el tema de Marte y de su futura colonización. Casi todos los autores de gran renombre han hecho su aportación: desde veteranos como Jack Williamson (Beachhead, 1992) o Ben Bova (Mars, 1992) hasta algunos de los jóvenes autores con mayor futuro en el género, Kim Stanley Robinson (Red Mars, 1992) o Greg Bear (Moving Mars, 1993). Fred Pohl también ha seguido esta moda (seguramente no ajena a la expedición de la NASA al planeta rojo) con lapresente novela, MINEROS DEL OORT (1992).

En el caso de Fred Pohl, sin embargo, la situación es distinta. Él mismo aportó a la técnica marciana una novela

fundamental con su HOMBRE PLUS (1976, premio Nébula), un hito prácticamente insuperable sobre la difícil adaptación del ser humano al ambiente de Marte, consecuencias psicológicas incluidas.

En esta ocasión, década y media más tarde, Pohl aborda un registro distinto, una aventura sencilla presenciada desde la perspectiva de un colono de Marte, un representante de una nueva sociedad. Una sociedad acostumbrada a la escasez y ala solidaridad y, en cierta forma, enfrentada a los intereses economicistas y cortos de miras del planeta madre Tierra.

Marte es un mundo árido y hostil, pero es el único hogar para Dekker DeWoe y otros muchos colonos marcianos. Un nuevo hogar que puede llegar a ser un mundo fecundo gracias a los cometas de la Nube de Oort, cuyos cuerpos helados contienen los gases necesarios para dar vida al planeta rojo. Dekker quiere convertirse en uno de los Mineros del Oort y deberá viajar a la Tierra para entrenarse pero, también, para enfrentarse a las presiones del shock cultural y a la posibilidad de que pueda perderse el futuro de todo un planeta a causa de las especulaciones financieras de los terrícolas.

La novela es sencilla y poco sofisticada. Junto a la acción y a los descubrimientos que va realizado el protagonista, el autor ilustra también la dificultad que encierra el empeño de terraformar Marte. Hay, tal vez, un eficaz didactismo en los aspectos técnicos que permite la lectura del libro a lectores no especializados en la ciencia ficción.

Pero el didactismo técnico no es lo más importante de esta novela. Respondiendo a su ideología, Pohl se empeña en mostrarse también voluntariamente didáctico en los temas sociales que, a mi parecer, son los más importantes de esta novela. Dekker, en su viaje a la Tierra, sirve de punto de vista ideal desde el cual criticar algunas de las formas más agudas del mercantilismo y del interesado economicismo del planeta. Pohl nos habla de la importancia de la soli-

daridad en un entorno peligroso como es Marte en vías de terraformación, pero también nos habla del egoísmo de los ricos y de las consecuencias de la especulación financiera, que puede llegar a dar al traste con los mejores proyectos, como parece ser el de convertir Marte en un lugar habitable y menos peligroso para el ser humano.

En este sentido la novela es modélica. Entretiene por la trama de la aventura y por las peripecias del joven Dekker DeWoe y, al mismo tiempo, nos hace reflexionar sobre algunas de las peores características del capitalismo especulativo que domina los aspectos socioeconómicos de nuestra sociedad.

Un hecho me parece particularmente ilustrativo de ello.

Como ocurre algunas veces, al hacer la traducción hemos utilizado lo que los editores norteamericanos etiquetan como «uncorrected proof», es decir, las pruebas de imprenta (o «galeradas» en el argot profesional) previas a la edición final del libro. Es una práctica habitual en el mundo editorial español para aligerar el proceso de la traducción, aun cuando después sea necesario mayor cuidado en la corrección de estilo y comprobar que, efectivamente, no haya habido cambios en la edición final. En realidad esos cambios suelen ser inexistentes o mínimos.

No ha sido así en este caso. Gardini ha traducido a partir de esa uncorrected proof, que ha resultado idéntica al libro excepto en el final. Parece ser que, Pohl, no contento con lo que había escrito, ha introducido modificaciones desde la mitad del capítulo 42 hasta el final del libro. Una simple decena de páginas que resultan pocas en un libro que supera las trescientas, pero que muestran la voluntad de Pohl de explicitar un claro mensaje en torno a la solidaridad. Un mensaje que se expresa, de forma sintética, en las últimas frases del protagonista, precisamente las que cierran la novela. (Aunque sea ocioso decirlo, la versión que llega al lector español es la definitiva del Pohl, habiendo sido sustituidas las últimas páginas que tradujera Gardini,

por una nueva traducción de las últimas páginas de la definitiva versión norteamericana).

Estoy convencido de que ese inhabitual cambio en la uncorrected proof con vistas a dar forma final a la novela refleja el interés de Pohl por el contenido o «mensaje» final de su novela: una crítica a la escasez de miras del mercantilismo y del economicismo de la sociedad en que vivimos y un canto a la solidaridad. Algo que ya era el eje de otras de sus novelas clásicas, como la famosísima MERCADERES DEL ESPACIO (1953).

Para finalizar, no resisto la tentación de incluir aquellas breves notas que el traductor Carlos Gardini ha escrito para hacer más asequible la corrección de estilo. Como ya es habitual en el cuidado trabajo de Gardini, se trata de un pequeño vocabulario que puede ayudar a algún lector a seguir la novela:

«Un deme es una comunidad marciana. La palabra no es inventada, sino que existe en inglés para designar unidades jurisdiccionales de la antigua África, pero su origen, por cierto, está en el griego demos, y en el contexto es de fácil comprensión, por lo cual se ha conservado tal como está en el original.

El término units (cues en el original) es la forma abreviada para designar las unidades monetarias de los terrícolas.

El término comemugre es una forma despectiva con que los humanos de Marte se refieren a los humanos de la Tierra.

Las serpientes son aparatos utilizados por los mineros de la Nube de Oort, para la captura de cornetas».

Y nada más. Disfruten de una de las últimas y amenas novelas de uno de los mejores maestros de la ciencia fic-

ción y, todo hay que decirlo, uno de mis personajes favoritos y más admirados en el curioso mundillo de este género.

MIQUEL BARCELÓ

*A Harry Harrison,
que me impulsó a hacerlo*

1

En Marte no hay demasiados problemas que una buena atmósfera no pueda resolver. Lamentablemente, esto es precisamente lo que le falta. Mirando la situación desde una perspectiva humana —la única perspectiva que siempre han tenido los humanos—, la escasa atmósfera de Marte tiene graves problemas. El primero es su insuficiencia. La presión del aire en la superficie apenas llega a nueve o diez milibares. Es tan poca que la gente de la Tierra la llamaría vacío, aunque no lo es del todo.

Es una mala noticia para los aspirantes a ingenieros en ecopoiesis —como han dado en llamarse los profesionales que transforman otros planetas en imitaciones aceptables de la Tierra—, pues la escasez de gases atmosféricos en Marte les dificulta la tarea. Pero también hay buenas noticias para los que aspiran a emigrar a Marte: existe un lugar del sistema solar donde todos esos volátiles que faltan en Marte se encuentran en abundancia.

Ese lugar no está muy cerca, pero eso tiene solución. La distancia no importa demasiado en el espacio, donde basta propinar a una cosa el impulso atinado para que tarde o temprano llegue adonde uno desea. La fuente de estos gases está en el linde de la familia de satélites del Sol, aún más lejos que Plutón; es la zona donde los cometas se desplazan eternamente en órbitas lentas y frías... al menos hasta que un par de ellos abandonan la órbita y se deslizan hacia el Sol. Ese lugar se llama la Nube de Oort.

2

Cuando Dekker DeWoe tenía ocho años —en años de Marte, por cierto, pues Dekker era marciano y en Marte no usaban el calendario terrícola, ni nada terrícola de lo cual pudieran prescindir—, el primer cometa se precipitó hacia Marte al final de su fatigoso viaje desde la Nube de Oort.

Fue un momento maravilloso. También fue un momento estremecedor para el pequeño Dekker, que nunca había vivido nada igual. Pero en general fue maravilloso porque, como todos decían siempre, significaba que Marte viviría de nuevo —algún día— cuando esos cometas comenzaran a llegar en gran cantidad. *Algún día*. Pero ese día, la llegada del cometa no sólo fue causa de gran euforia, sino un buen fastidio. Le trastornó la vida, porque Dekker tuvo que empacar para alejarse de la trayectoria del cometa.

Y no sólo Dekker DeWoe y su madre. Toda la población del deme marciano llamado Sagdayev (cuarenta y tres hombres, mujeres y niños) tuvo que mudarse, y eso representaba un gran acontecimiento para un niño de ocho años. Dekker no se asustó, pues pocas cosas lo asustaban. Estaba en una edad donde no es fácil asustarse —el equivalente terrícola habría sido quince años— y además había heredado el coraje de sus padres pioneros. Aun así, había cosas que Dekker encaraba con prudente respeto —como las filtraciones de aire, la posibilidad de extraviarse, los bonos— y el desplazamiento de toda la ciudad estaba incluido.

Pero la mudanza era provisional. La evacuación era sólo una precaución, decía su madre. Se suponía que el cometa

haría impacto en la Chryse Planitia, mil kilómetros al noreste de la colonia minera de Sagdayev, pero para la gente cauta esa distancia no era suficiente. Nadie sobrevivía mucho en Marte si no cultivaba la cautela. Así que los marcianos del deme de Sagdayev decidieron no correr riesgos.

—No queremos estar cerca de la zona del impacto —explicó su madre, mientras decidía cuáles pertenencias debía empacar y cuáles debía abandonar—. Tal vez hayan calculado mal.

—¿Quieres decir que el cometa podría caer en Sagdayev? —preguntó el asombrado Dekker.

—Claro que no, o al menos no lo creo. Mejor dicho, no, estoy segura. De veras. Pero si cayera demasiado cerca sacudiría la ciudad, y podría abrir una brecha en la integridad de presión. —Suspiró, echando una ojeada a la única habitación—. A veces creo que no debimos haber construido Sagdayev aquí, en el linde del Crestón, ¿pero cómo íbamos a saberlo?

Dekker no respondió a esa pregunta retórica, pero sí a la pregunta subyacente.

—El cobre está aquí —señaló.

—¿Qué te parece si dejas a Oso Valiente? —preguntó distraídamente su madre—. Ya no juegas con él.

Dekker no titubeó en admitir que así era. Le admiraba que su madre no tuviera reparos en desechar buenos zapatos y el mono de trabajo de su padre ausente. Lo había conservado sólo por sentimentalismo; su bomba de aire estaba vieja y tenía filtraciones y, por cierto, Boldon DeWoe jamás regresaría para ponérselo de nuevo. Incluso ella arrojó el calentador que a veces usaban para preparar chocolate caliente cuando Dekker era pequeño.

—Podemos regresar a buscar estas cosas más tarde —explicó su madre—. Quizá. Probablemente, Dekker. Creo que Sagdayev se salvará, pero por ahora no podemos cargar con más de veinte kilogramos por persona.

No sólo abandonaban sus pertenencias personales, sino toda esa ciudad subterránea que habían excavado con esfuerzo en el suelo marciano. Cerraron la refinería de metal y taparon la entrada de la preciosa mina de cobre. Incluso abandonaron la mayoría de los espejos solares y los generadores fotovoltaicos que suministraban energía a todas las colonias marcianas. Cosecharon todo lo que estaba maduro, o casi maduro, en los jardines aeropónicos del nivel inferior del déme, pero dejaron el resto de los cultivos. No se molestaron con las tres hectáreas de setas con cabeza de cristal que procuraban sobrevivir en la ladera del volcán extinguido sobre el cual habían construido. Ni siquiera se llevaron las cocinas y cuartos de baño. No había lugar. Habían traído cuatro vehículos de carga desde Ciudad Sol, más un vehículo presurizado para las personas. Lo que no cabía en los vehículos debía quedarse.

Los adultos aún estaban cargando los vehículos cuando la madre de Dekker le ordenó que se acostara en su última noche en Sagdayev. Dekker no lloró. Los marcianos de ocho años eran demasiado adultos para llorar, pero esa noche tuvo pesadillas, y cuando su madre lo despertó antes del alba tenía los ojos legañosos. Ella le ordenó vestirse, lo acomodó en su asiento de metal en el vehículo presurizado y le dejó allí. Gertrud DeWoe había sido designada como relevo del conductor, y debía guiar el gran tractor que arrastraba el convoy de carros en vez de quedarse con su hijo.

Tenían un largo trayecto hasta la metrópoli de Ciudad Sol, más de ochocientos kilómetros en línea recta, pero no podían viajar en línea recta. La zona entre el pico Tharsus Tolus, donde se encontraba Sagdayev, junto a la rica mina de cobre, y la imponente montaña cercana a Ciudad Sol, Pavonis Mons, era accidentada y desigual. Tenían que realizar muchos desvíos, y además no viajaban a mucha veloci-

dad. El tractor de energía solar era lento por naturaleza, aun con todos los acumuladores fotovoltaicos adicionales en los carros. Y cuando bajaba el sol ya no se acumulaba más energía eléctrica. Después del ocaso, el tractor sólo podía continuar hasta donde se lo permitía la energía que había acumulado en las baterías, dejando una prudente reserva para mantener a todos con vida y con posibilidades de respirar hasta el amanecer del día siguiente.

La travesía duró cinco días.

Fueron cinco largos días. Dekker tenía poco que hacer excepto quedarse sentado y comer cuando les servían la comida, y levantarse tres o cuatro veces por día cuando le llegaba el turno en los estrechos sanitarios. Habían instalado cuatro virtuales, y cuando le llegaba el turno a Dekker podía usar todos los entretenimientos que había en la memoria. Era bastante grato verse rodeado por viejas historias, e incluso ponerse al día con sus tareas escolares. Pero eso sólo pasaba un par de horas por día. El viaje puso a prueba el entrenamiento de todos los marcianos de Sagdayev. Si no los hubieran entrenado desde el nacimiento en Modales y Consideración e Interacción No Agresiva, habría habido puñetazos. Aun así, hubo más gritos y rezongos de los que Dekker estaba acostumbrado a oír. Pero él no participó en ninguno de los enfrentamientos que hubo entre los adultos.

Dekker no estaba totalmente solo. Tres o cuatro veces por día su madre lo llamaba por la línea telefónica de la cabina del tractor, sólo para charlar, y en el ínterin uno de los amigos de su madre lo acompañaba, porque el hombre ocupaba el asiento contiguo. Se trataba de Tinker Gorshak. A Dekker no le agradaba ese hombre, pero le complacía tener un hombro donde apoyar la cabeza cuando se dormía.

Dekker no habló demasiado durante el viaje. Leyó sus textos escolares mientras estaba despierto. Dormía todo lo posible. Y aunque tenía demasiados años para esas cosas, siempre tenía en cuenta la confortante presencia de ese ju-

guete sin orejas ni ojos que se había escondido en el traje a último momento, cuando su madre miraba hacia otro lado. Porque en esa situación extrema, ni siquiera el maduro Dekker DeWoe se había resignado a permitir que Oso Valiente se enfrentara a solas con el cometa.